

Carlos Arturo Ospina Hernández

El Catecismo de la Perseverancia

Ospina H., Carlos Arturo

El catecismo de la perseverancia / Carlos Arturo Ospina – Bogotá : Carlos Arturo Ospina, 2016

58 p : 21 x 12 cm

ISBN: 978-958-46-9368-6

I. Título 1. Catecismos 2. Cristianismo 3. Religión 4. Teología

Dewey 291.2 dc 21

Dibujos: Carlos Arturo Rueda

Textos y diagramación: F. Cifuentes

Impresión: Flashcopias de la 15

1ª. Edición 20 ejemplares

Bogotá, D.C., 2016

Contenido

La parábola del bosque	7
La historia del catecismo de la perseverancia	13
La creación	17
La religión	25
Las promesas, las figuras y las profecías	29
El plan divino en los acontecimientos históricos	35
La doctrina cristiana	39
La iglesia	43
Las vocaciones religiosas	47
El culto	51
El cielo	55

«En medio de la Iglesia le abrirá el Señor la boca, llenándole del espíritu de sabiduría y de inteligencia y revistiéndole de un manto de gloria, se dice en el capítulo 15, versículo 5, del Eclesiástico. En estas palabras enseña el Espíritu Santo al prudente a quiénes ha de dirigir la palabra, de dónde ha de comenzarla y dónde la ha de terminar.

«Lo primero, a quiénes ha de hablar, que es a la Iglesia; porque no se han de dar las cosas santas a los perros, ni se han de esparcir las perlas ante los cerdos.

«Lo segundo, enseña dónde ha de comenzar el prudente su discurso: que ha de comenzarlo del medio, que es Cristo; si se descuida este medio, nada se consigue.

«Lo tercero, dónde ha de terminar, que es en la plenitud o complemento del espíritu de sabiduría y de inteligencia.

«Pero primeramente hemos de hablar de nosotros mismos y ver cuáles debemos ser. Pues si a un ojo enfermo se le aplica un rayo de luz, antes es cegado que no iluminado. Se ha de hablar, pues, a la Iglesia, que es reunión de racionales; la sinagoga, en cambio, es congregación de greyes y de hombres que viven brutal o carnalmente. Hase de hablar a la Iglesia, la cual efectivamente es unión de racionales que viven concorde y uniformemente por la concorde y uniforme observancia de la divina ley, por la concorde y uniforme coherencia de la divina paz, por la concorde y uniforme consonancia de la divina alabanza. Y estas tres cosas son ordenadas entre sí; porque no puede haber alabanza donde no hay paz, ni puede haber divina paz donde no hay observancia de la divina ley» (SAN BUENAVENTURA, *Colaciones sobre el Hexamerón o iluminaciones de la Iglesia*, in *Obras de San Buenaventura*, Col. I, págs. 177-179, BAC, Madrid, 1947)



La parábola del bosque

Un caballero que venía de un país lejano, se encontró al principiar la noche en la entrada del gran bosque, no pudiendo detenerse ni retroceder, tuvo que resolverse a pasar por él en medio de la oscuridad; mas cuando iba a penetrar en aquellas pavorosas tinieblas, descubrió a un anciano venerable y pidióle que le mostrara el camino: —¡Ah! dijo el anciano, difícil es indicártelo, porque el bosque está cortado por mil senderos semejantes y tortuosos, que se cruzan a cada paso, y que todos, excepto uno solo, van a parar al abismo. —¿A qué abismo?, preguntó el caballero. —Al que circunda todo el bosque. Pero aún hay más, prosiguió el anciano, y es que el bosque ofrece muy poca seguridad porque está poblado de bandidos y de fieras, entre las cuales hay una enorme serpiente que hace horribles estragos, de manera que pocos días se pasan sin que encontremos los despojos de algún viajero devorado por el cruel monstruo: y lo peor es que para llegar al término de tu vía tienes que pasar precisamente por ese bosque. La compasión me ha movido a situarme en la entrada de esta peligrosa senda para instruir y proteger a los caminantes, auxiliado por mis hijos, que animados de iguales sentimientos, están apostados con el mismo objeto a determinadas distancias. Así pues, te ofrezco mis servicios y los suyos; si quieres, yo te acompañaré.

El semblante candoroso del anciano y la sinceridad que se traslucía en sus palabras inspiraron confianza al viajero, y le indujeron a aceptar el ofrecimiento. El anciano toma con una mano una lámpara que encierra en una fuerte linterna y con la otra la rienda del caballo del viajero, y ambos se internan en el bosque.

Al cabo de algún tiempo, el caballero siente que le van faltando las fuerzas. —Apóyate en mí, le dice su fiel conductor. —Con este auxilio, el viajero prosigue su camino. Poco después observa que la lámpara

solo despide una débil claridad. —El aceite se acaba, dice el caballero, y se apaga la luz, qué será de nosotros? —Tranquilo, contesta el anciano, luego encontraremos a uno de mis hijos que pondrá más aceite en la lámpara. En efecto, descubrese en breve el resplandor de una antorcha que ilumina una pequeña cabaña de piedra, situada al borde del camino. A la voz bien conocida del anciano ábrese la puerta; el viajero fatigado encuentra un asiento y algunos sencillos manjares con los cuales repara sus perdidas fuerzas, y después de un buen rato de descanso emprende nuevamente su camino, acompañado por el hijo del anciano.

De trecho en trecho, el viajero encuentra otras cabañas y recibe nuevos auxilios, y de este modo camina toda la noche. Los primeros resplandores del alba empezaban a blanquear el horizonte, cuando llegó sano y salvo a la extremidad del peligroso bosque: entonces conoció toda la importancia del favor que el anciano y sus hijos le habían hecho, pues se encontró enfrente de un espantoso abismo, en cuyo fondo se oía el ruido sordo y lejano de un torrente. —Este es, le dice el guía, el abismo del que te habló mi padre: su profundidad es desconocida, porque está continuamente cubierto de espesos vapores impenetrables a la vista.

Diciendo estas palabras exhala un profundo suspiro, y con el dorso de la mano enjuga dos grandes lágrimas que corren por sus mejillas. —¿Por qué lloras? le dice el caminante. —Lloro, ¡ay de mí! porque pienso en la multitud de desgraciados que cada día se precipitan en este abismo. Aunque mi padre, mis hermanos y yo les ofrecemos a todos nuestro auxilio; pocos son los que lo aceptan; los más, después de haber caminado algunas horas en nuestra compañía, se quejan de nosotros diciendo que les inspiramos vanos temores; desprecian nuestros consejos, y nos dejan; pero muy pronto pierden el camino y perecen miserablemente devorados por la serpiente, asesinados por los bandidos, o sepultados en este abismo; porque no hay para atravesarlo sino este pequeño puente que tenemos delante, y solo nosotros sabemos el camino que conduce a él. Pásalo con confianza, añadió volviéndose hacia el caballero y abrazándolo tiernamente; en la otra parte es ya día claro, allí está nuestra patria. El viajero, penetrado de reconocimiento; da gracias

a su caritativo conductor, y adelantándose con paso rápido, atraviesa el puente: al cabo de algunas horas descansa deliciosamente en su castillo.

La historia que se acaba de narrar, ¿no corresponderá a la vida de todos y cada uno de los seres humanos? El bosque es el mundo y la vida por donde se tendrá que pasar; los bandidos, son los enemigos de la salvación; la serpiente que causa tantos estragos, es el demonio; los senderos que cruzan el bosque en todas direcciones, son los caminos, por desgracia demasiado numerosos que llevan a la eterna perdición, y la única senda que conduce al pequeño puente es el camino del cielo.

En cuanto al caritativo anciano que está a la entrada del bosque y ofrece su brazo y su lámpara al caballero, representa al Divino Pastor «que socorre y alumbra a todo hombre que viene a este mundo» (Joan, I, 9); los hijos que ayudan al bondadoso anciano en su caritativa obra, son los hombres suscitados por la Providencia que se consagran, como él, a la custodia y dirección del hombre durante su peregrinación; la lámpara encendida, que llevan en la mano el guía y sus hijos, representa la fe, que, según la expresión de san Pedro, «es como una antorcha que luce en un lugar tenebroso» (II Petr. I, 19). Inútil es explicar lo que significa el hombre dócil a los consejos del sabio anciano; y los imprudentes que rehusan sus servicios y su luz. Durante el viaje, falta el aceite, y la lámpara está a punto de apagarse; esta alegoría, la más importante de todas por su significado, requiere alguna explicación.

La antorcha de la Religión ha sido encendida, y puesta en tus manos por las instrucciones anteriores a la primera comunión; pero para quien se conforma —si no es que ya los ha olvidado— con tan elementales conocimientos, muy pronto se quedará sin aceite en su lámpara.

La conciencia nos dice que hay en la Religión una multitud de cosas que no se saben muy bien o que de repente ignoramos completamente; ella nos dice que es una gran temeridad querer atravesar el desierto de la vida con un caudal tan escaso de conocimientos religiosos; ella nos muestra una cantidad de personas que han sido víctimas de tamaña imprudencia; ella, en fin, nos dice que el conocimiento de la Religión es hoy más necesario que nunca.

Ahora pues, frágiles cañas, ¿cómo sustentarse en medio de tantas tempestades? Soldados desarmados, como salir victoriosos de tantos enemigos? En lo más oscuro de la noche, la divina antorcha estará a punto de apagarse, si no se encuentra un medio de avivarla dando nuevo alimento a su llama. Pues bien, este medio está en el camino, y fácilmente puede aprovecharse; es: *El Catecismo de la Perseverancia*.

«(...) se dice en la carta primera a Timoteo: *Te escribo esto, hijo Timoteo, para que sepas cómo debes portarte en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y apoyo de la verdad.* La Iglesia se dice columna y apoyo, porque ilustra la mente y consolida la virtud. Los que a ella vienen son, en efecto, ilustrados por la fe y confirmados o consolidados por la constancia de la virtud. Y estas dos cosas las realiza la ley divina. Por donde es ella la columna de los hijos de Israel, a cuyo movimiento aparecen claramente cómo se ha de obrar y cómo se ha de descansar. En esto de guardar la ley concuerdan, en efecto, todas las Iglesias, como en otro tiempo todo el pueblo contemplaba el movimiento de la columna. Quien a ésta no dirige siempre sus miradas, como el que no la entiende o, si la entiende, no la sigue, no forma parte de la unidad de la Iglesia.

«Asimismo, se ha de hablar a la Iglesia de racionales unidos por la uniforme y concorde coherencia de la divina paz. De donde dicese en el Eclesiástico: *Los hijos de la sabiduría forman la congregación de los justos, y la índole de ellos no es otra cosa que obediencia y amor.* La Iglesia, pues, es la congregación de los que se tienen mutua caridad. Y la caridad nace del cumplimiento de la ley. La ley, en efecto, prescribe la caridad, como está escrito en la carta primera a Timoteo: *El fin de los mandamientos es la caridad que nace de un corazón puro, de una buena conciencia y de fe no fingida.* Y el mismo Apóstol dice: *Quien ama al prójimo, tiene cumplida la ley.* Y lo prueba por las palabras del Salvador que dice: *En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas.* Es, por tanto, necesario que los observadores de la ley sean amadores, según está escrito en el capítulo 13 de San Juan: *Por aquí conocerán todos que sois mis discípulos, si os tenéis amor unos a otros; y el Apóstol: Dios no es de desorden, sino de paz*» (SAN BUENA-VENTURA, op. cit., págs. 179-181).



La historia del catecismo de la perseverancia

La

Providencia, que siempre pone el remedio al lado del mal, hizo nacer en Francia esta institución sumamente útil en el momento mismo en que la familia, olvidando su noble misión, iba a dejar de ser una iglesia doméstica: esto sucedía en la mitad del siglo XVII.

El Protestantismo que había invadido ya una parte de las clases elevadas, iba a reunirse en breve con la corrupción de las costumbres para producir esa deplorable indiferencia, que desde aquella época ha sido una verdadera plaga en la Historia. En aquel tiempo, el venerable Monseñor Olier fue nombrado párroco de San Sulpicio en la ciudad de París, de cuya parroquia tomó posesión en 1642.

La ignorancia y la corrupción que reinaban en aquel barrio eran tales, que se le llamaba comúnmente la sentina de París. Sin embargo, el celoso Pastor no se desalentó; vio que todavía le quedaba un medio para purificar aquel lugar y éste era la educación de la infancia, y dedicóse a ella con la mayor solicitud.

Estableció catecismos preparados para la primera comunión, y sobre todo Catecismos de Perseverancia, sin perdonar medio alguno de cuantos pudiesen contribuir a un buen resultado. En breve, por esta causa, la parroquia de San Sulpicio; la más desacreditada de la capital de Francia, vino a ser la más piadosa y edificante.

Dirigidos con igual celo por los sucesores de Monseñor Olier, los Catecismos de Perseverancia siguieron produciendo los mismos frutos hasta que sobrevino la Revolución Francesa, en cuya calamitosa época tuvieron que suspenderse, como todos los ejercicios públicos en materia de religión. Sin embargo, habiéndose serenado los tiempos, volvieron a establecerse en 1804.

Mientras tal práctica se mantuvo en toda la Cristiandad, dentro y fuera de Francia, fue objeto de especiales bendiciones para todas las naciones que la incentivaron, pues mantuvo fuertemente encendida la antorcha de la fe entre los católicos; haciéndolos capaces de enfrentar los diversos cataclismos revolucionarios que se desencadenaron desde aquellos tiempos.

Bajo el modesto título de Catecismo, esto es enseñanza oral, trae la historia más interesante para cautivar la atención, la más bella filosofía que se pueda estudiar y el más sublime de los poemas.

Recuerda el origen de las dos grandes épocas de la humanidad: la era de los Patriarcas y la de los primeros cristianos, la tienda movible del Sennaar y las catacumbas de Roma: recuerdos poéticos como los que más; épocas memorables en que la verdad no tenía otro intérprete que la voz del anciano de venerables canas, o la palabra aún más respetable del pontífice consagrado con las llagas del martirio.

«Asimismo, hase de hablar a la Iglesia de racionales unidos por la concorde y uniforme consonancia de la divina alabanza; en el Salmo: *A tí se dirigirán mis alabanzas en la Iglesia grande*. Porque, así como de la multitud de voces unidas según cierta proporción y armonía resulta la dulzura del canto, así también de los afectos de muchos resulta la armonía espiritual, que agrada al Altísimo; de donde en el Salmo: *¡Oh vosotros, descendientes de Israel!, bendecid al Señor en vuestras asambleas*. -Así, pues, a tales observadores de la divina ley, amadores de la divina paz, pagadores de las divinas alabanzas, y no a otros, ha de dirigirse la divina palabra; y tales son los varones eclesiásticos. Mas no se ha de dirigir la palabra a quien es arrebatado fuera de esta Iglesia.

«Y es arrebatado el hombre, contra lo primero, por el espíritu de carnalidad y codicia. Estos dos espíritus son los que apartan al hombre de la ley de Dios y ciegan los dos ojos de la mente. Porque la ley de Dios manda el bien común y el bien espiritual y retrae del amor feo, que es de la carnalidad, y del amor privado, que es de la codicia. La ley, en efecto, es odiosa para el carnal y codicioso; ni quieren oírla nunca. Pues son como el perro y el cerdo. El perro, en efecto, siempre está codicioso y nunca queriendo comunicar, y el cerdo siempre quiere estar en el lodo» (SAN BUENAVENTURA, op. cit., pág. 181).



La Creación

«El

verdadero modo de enseñar la Religión, dice San Agustín el gran Obispo de Hipona, es empezar por estas Palabras: 'En el principio creó Dios el cielo y la tierra', y proseguir con ellas la historia del Cristianismo hasta nuestros días.

«Para dar a conocer la relación que existe entre las diversas partes de la Religión, no debéis olvidar que el Antiguo Testamento es la figura del Nuevo; que toda la religión mosaica, los Patriarcas, sus vidas, sus alianzas, sus sacrificios, son otras tantas figuras de lo que hoy día vemos; que el pueblo judío todo entero y su gobierno no son más que una GRAN PROFECÍA de Jesucristo y de su Iglesia» («De Catechizandis rudibus», C.III, n. 5 et seq.).

La Escritura y la Tradición son las dos grandes fuentes de todas las verdades religiosas.

«Nos preguntáis, dice San Juan Crisóstomo; ¿de qué modo Dios, antes que hubiese libros, enseñaba a los hombres a conocerle. De qué modo, decís? —De la misma manera que nosotros hemos procedido para daros conocimiento de aquel supremo Ser. Os hemos hecho recorrer mentalmente con nosotros todo el universo; os hemos mostrado el cielo, la tierra, el mar, los campos, los pastores, las riquezas y las variedades de la naturaleza; hemos ido subiendo hasta los elementos de las varias especies de producciones; y a vista de tantas maravillas, transportados de admiración, todos a una voz hemos exclamado: ¡Oh Señor, cuán grandes son vuestras obras!, ¡y cuán profundos vuestros designios!» (Serm. I in Gen.)

«Pregúntase también, prosigue San Juan Crisóstomo, ¿por qué motivo, siendo tan útil el libro de las Escrituras, no lo sacó Dios a la luz desde el principio del mundo? —La razón es porque Dios quería instruir a los

hombres por medio de las cosas, es decir, por medio de las creaturas, y no con los libros; pues si hubiese empezado a enseñarnos con libros y caracteres, inteligibles tan solo para el sabio, estos no hubieran sido de ninguna utilidad para el ignorante. El rico hubiera podido adquirirlos, y el pobre no; a más de que, para entenderlos habría sido preciso saber la lengua en que se hubiesen escrito, de manera que hubieran sido inútiles para el Escita, para el Bárbaro, para el Indio y para el Egipcio; en una palabra, para todo hombre que hubiese ignorado aquella lengua.

«No sucede así con el gran espectáculo del cielo. Todos los pueblos del mundo entienden su lenguaje; es un libro abierto indistintamente al sabio y al ignorante, al rico y al pobre. Por eso el Profeta no dice que los cielos atestiguan, sino que refieren la obra de Dios: predicadores elocuentes que tienen por auditorio a todo el género humano, y por libro el sublime espectáculo que presentan» (Homil. XI ad popul. Antioch.)

Escuchemos lo que el Autor de la creación nos dice acerca de sus creaturas en el hermoso libro de Job:

«Dime, ¿dónde estabas cuando Yo echaba los cimientos de la tierra? Dímelo, ya que tanto sabes. ¿Sabes tú quién tiró sus medidas?, ¿o quién extendió sobre ella la primera cuerda?

«¿Qué apoyo, di, tienen sus bases?, ¿o quién asentó su piedra angular, mientras que me alababan los nacientes astros, y prorrumpían en voces de júbilo todos los Angeles o hijos de Dios? ¿Quién puso diques al mar, cuando se derramaba por fuera como quien sale del seno de su madre; cuando lo cubría Yo de nubes como de un vestido y le envolvía entre tinieblas como a un niño entre los pañales?. Lo Encerré dentro de los límites fijados por Mí, y le puse cerrojos y compuertas, y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás más adelante; y aquí quebrantarás tus hinchadas olas.

«Acaso después que estás en el mundo diste leyes a la luz de la mañana, y señalaste a la aurora el punto por dónde debe salir? ¿Has cogido con tus manos los polos de la tierra, y sacudídlá, a fin de limpiar y expeler de ella a los impíos? Volverá a ser lodo o polvo el sello, y durará como

un vestido que está consumiéndose. Quitaráse a los impíos su esplendor, y será aniquilado su poder excelso.

«¿Has entrado tú en las honduras del mar, y te has paseado por lo más profundo del abismo? ¿Se te han abierto acaso las puertas de la muerte, y has visto aquellas entradas tenebrosas? ¿Has averiguado la anchura de la tierra? Dime, si todo lo sabes, ¿en qué parte reside la luz; y cuál es el lugar o depósito de las tinieblas: a fin de que puedas tu conducir a entrambas cosas a sus propios lugares, como quien está enterado del camino que lleva a sus habitaciones. ¿Sabías tú entonces que hubieses de nacer, y estabas instruido del número de tus días? ¿Por ventura has entrado en los depósitos de la nieve, y has visto los otros donde está amontonado el granizo, los cuales tengo yo prevenidos para usar de ellos contra el enemigo en el día del combate y del conflicto? ¿Por qué camino se propaga la luz, y cómo se reparte el calor sobre la tierra? ¿Quién señaló la carrera a un aguacero impetuosísimo, y el camino al sonoro trueno, para llover sobre una tierra desierta, donde no hay hombre ninguno, donde no habita ningún mortal, fecundándola, aunque inhabitable y yerma, para que produzca la verde hierba? ¿Quién es el padre de la lluvia?, ¿o quién engendró las gotas del rocío?

¿De qué seno salió el hielo?, ¿y quién produce la helada o la escarcha que cae del aire? Las aguas se endurecen como piedras, y la superficie del mar se congela.

«¿Podrás tú por ventura atar o detener las brillantes estrellas de las Pléyades?, ¿o desconcertar el giro del Orión? ¿Eres tú acaso el que hace aparecer a su tiempo el lucero de la mañana, o resplandecer el de la tarde sobre los habitantes de la tierra? ¿Entiendes tú el orden o movimientos de los cielos, y podrás dar la razón de su influjo sobre la tierra? ¿Alzarás por ventura tu voz a las nubes, para mandarles que se deshagan en lluvias abundantes?

«¿Despacharás rayos, y éstos marcharán y te dirán a la vuelta: Aquí estamos a tu mandar? ¿Quién puso en el corazón del hombre la sabiduría?, ¿o quién dio al gallo el instinto? ¿Quién podrá explicar la disposición de los cielos, o hacer cesar sus armoniosos movimientos?

«¿Dónde estaban cuando se formó en masa el polvo de la tierra, y se endurecieron sus terrones?

«¿Andarás tú por ventura a coger caza para la leona, y saciarás el hambre de sus cachorros, cuando están echados en sus cuevas, y asechando desde sus cavernas? ¿Quién prepara al cuervo su alimento, cuando sus pollitos levantan sus graznidos hacia Dios, yendo de un lado a otro del nido, por no tener nada que comer?

«¿Por ventura, ¡oh Job!, tienes noticia del tiempo en que las cabras monteses paren entre las breñas, o has observado a las ciervas al tiempo de su parto? ¿Tienes contados los meses de su preñez, y sabes el tiempo de su parto? Encórvanse para dar a luz su cría, y paren dando grandes bramidos. Sepáranse muy pronto de ellas sus hijos, y van a pacer; salen, y no vuelven a verlas más. ¿Quién dejó en libertad al asno montés, y quién soltó sus ataduras? Yo le di casa en el desierto, y albergue en una tierra estéril. El desprecia el gentío de las ciudades; no oye los gritos de un amo duro.

«Tiende su vista al rededor por los montes donde pace, y anda buscando todo lo verde. Dime: ¿querrá servirte a ti el rinoceronte, o permanecerá en tu pesebre? ¿Podrás tu uncirle con la coyunda para que are? ¿o romperá en pos de tí los terrones de tus campos? ¿Te fiarás por ventura de su gran fuerza, para dejar a su cuidado la labranza de tus tierras? ¿Crees tú que él te ha de volver lo que has sembrado, y que llenará de trigo la era?

«La pluma del avestruz es semejante a la pluma de la cigüeña y del gavián. Cuando, pues, esta ave abandona sus huevos en tierra, ¿por ventura serás tú quien los calentará o empollará debajo del polvo?

«No precave ella que ningún pie los pise, ni que los huellen las bestias del campo. Es insensible y dura para con sus hijos, como si fuesen ajenos; inutiliza su trabajo, sin verse forzada a ello por temor ninguno; sino porque le negó el Señor para eso el instinto, y no le dio el discernimiento. Sin embargo, cuando llega la ocasión de verse perseguida, ayuda con las alas sus pies, y deja burlados al caballo y al caballero.

«Dime: ¿Sabrías tú dar al caballo la valentía que tiene, o llenar de relinchos su erguido cuello? ¿Le harás tú brincar y volar como langosta? Causa terror el fogoso bufido de sus narices. Escarba la tierra con su casco; encabritase con brío; corre con ardor al encuentro de los enemigos armados. No conoce el miedo, ni se rinde a la espada. Oye sobre sí el ruido de la aljaba, el vibrar de la lanza, y el manejo del escudo; y lejos de asustarse, espumando y tascando el freno, parece que quiere sorberse la tierra, ni aguarda el sonido de la trompeta. En oyendo el clarín, como que dice con sus relinchos: Ea, vamos allá. Huele de lejos la batalla, y percibe la exhortación de los capitanes, y la gritería del ejército. ¿Es acaso efecto de tu sabiduría el modo con que renueva cada año sus plumas el gavián, extendiendo sus alas hacia el mediodía?

«¿Es por tu orden que se remonta el águila, y coloca su nido en lugares elevados? Ella mora entre breñas, y tiene su habitación en peñascos escarpados y riscos inaccesibles. Desde allí está asechando la presa, pues sus ojos atisban desde muy lejos. Sus aguiluchos chupan la sangre, y doquiera que hay carne muerta, al punto está encima» (Job, 38,39).



«Asimismo, contra la coherencia de la paz es el espíritu de malignidad y de crueldad, envidioso e iracundo; y estos dos espíritus todo lo pervierten: el envidioso, todo lo bueno lo convierte en malo, y el iracundo, todo lo malo en bueno, y la misma venganza la reputa buena. Y por eso *toman las tinieblas por la luz, y la luz por las tinieblas*, como se dice en el capítulo 5 de Isaías. Por lo cual los tales no son idóneos para oír la ley de Dios.

«Del mismo modo, contra la consonancia de la divina alabanza es el espíritu de presunción y de curiosidad, de manera que el presuntuoso no engradece a Dios, sino que se alaba a sí mismo; y el curioso no tiene devoción. De donde muchos son tales, que, no obstante poseer los esplendores de las ciencias, se hallan vacíos de alabanza y de devoción. Porque construyen cabañas de avispas, que no tienen panal de miel, como lo tienen las abejas, que hacen miel.

«Así, pues, a estos tales que acabamos de decir no se ha de dirigir la divina palabra, por que son *una familia rebelde*; y a veces por la indisposición de los oyentes hace el Señor que la lengua se pegue al paladar; antes bien se ha de hablar a los hermanos, por lo cual dice el Salmo: *Anunciaré tu nombre a mis hermanos, publicaré tus alabanzas en medio de la Iglesia*, y a los varones espirituales, para que sean traídos de la sabiduría mundana a la sabiduría cristiana. Pues ha precedido la impugnación de la vida de Cristo en las costumbres por algunos teólogos, y la impugnación de la doctrina de Cristo con falsas tesis por ciertos artistas o filósofos. Así, pues, no se ha de volver a Egipto por el deseo de viles alimentos, ajos, puerros y melones, ni se ha de abandonar el manjar celestial. -Y así esta patente lo primero» (SAN BUENAVENTURA, op. cit., págs. 181-183).



La religión

Y

a propósito de la creación del hombre, el mismo San Juan Crisóstomo comenta:

«Reconoced, la inagotable bondad del Soberano Señor de la naturaleza y la grandeza de sus designios con respecto al hombre. Primeramente dispone un magnífico banquete servido con tanta pompa como variedad; edifica un palacio para el monarca de aquel nuevo imperio, reuniendo de antemano los objetos más bellos y preciosos, y cuando ha acabado todos estos preparativos, crea al hombre, lo pone en posesión de todos esos bienes, y lo proclama rey de la naturaleza. Del mismo modo, cuando el emperador va a entrar en una ciudad, precédenle sus servidores, a fin de que al llegar esté todo preparado para recibirle» (Homil. VII in Gen.; Serm. II, et Homil. VIII in id.)

«No comáis de la fruta del árbol de la ciencia del bien y del mal» (Genes. III,3). Tal es el homenaje que el Señor exige de su noble vasallo.

El hombre conocía claramente a Dios, se conocía a sí mismo, y conocía toda la naturaleza: tal era su inteligencia. Amaba a Dios con un amor vivo, tierno, puro y tranquilo, y se amaba a sí mismo y a todas las criaturas en Dios y por Dios: tal era su corazón. Libre de males y enfermedades, no debía estar nunca sujeto a la muerte: tal era su cuerpo.

Así pues en el estado primitivo, Dios ejercía sin resistencia su imperio sobre el hombre, y por medio del hombre sobre todas las criaturas: *omnia in omnibus*. De aquí resultaba la verdad, la caridad y la inmortalidad para el hombre; una íntima unión entre Dios y el hombre; la gloria de Dios, la paz para el hombre, el orden y la armonía para toda la creación.

Los tiempos del Paraíso Terrenal eran los tiempos de la inocencia. Pero esta historia de la felicidad humana ocupa apenas una sola página: el

hombre cae. Se arrepiente. El Verbo Eterno se ofrece a su padre como víctima del hombre culpable. El vínculo sobrenatural, que antes del pecado unía al hombre con Dios, se restablece de nuevo. Esta reunión, o mejor, segunda unión, alcanzada por la mediación de Jesucristo, se llama RELIGION.

Las promesas, las figuras y las profecías

D

esde el principio de los tiempos se sigue en medio de las edades la manifestación progresiva del gran misterio de la Redención; y como todo él estriba en la promesa y en la venida de Jesucristo, se ve como los hechos históricos no son más que un lazo que une entre sí las promesas, las figuras y las profecías: tienen como centro la gran imagen del

Mesías.

La primera promesa fue: «Crearé enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella misma te aplastará la cabeza» (Genes. III, 15). Esta promesa vino a ser como por espacio de 2000 años la única esperanza del género humano.

La segunda promesa determina la primera, pues que habiendo recaído en Abraham, cuando Dios le promete que de su raza nacerá el Mesías, nuestra atención se fija ya en la posteridad del santo Patriarca.

Y las promesas se suceden: la tercera se le hace a Isaac, escogido entre los 7 hijos de Abraham; la cuarta es a Jacob, hijo de Isaac; entre los 12 hijos que aquel tuvo se le hace la quinta promesa a Judá; dentro de la tribu de Judá recaerá la sexta promesa en la familia de Jessé; y la casa designada de esta familia por la séptima y última promesa, será la de David.

Explicándose mutuamente, llevan por grados, de la generalidad de las naciones a un pueblo particular, el de Israel; de este pueblo a una de sus tribus, la de Judá; y de esta tribu a una sola familia, la de David. Pero, ¿cuál será la rama de esta familia de la cual nacerá el Redentor?

Para este efecto Dios da también su filiación. El se vale de medios adecuados a la flaqueza del hombre y le da a conocer la verdad paulatina e insensiblemente, desarrollando su inteligencia del mismo modo que los miembros de su cuerpo.

Por medio de las figuras bosqueja la filiación del Mesías. Durante más de tres mil años, esto es, desde Adán hasta Jonás, hace aparecer una larga serie de personajes, los cuales representan al Salvador en alguna circunstancias de su nacimiento, de su muerte o de su triunfante resurrección; y al mismo tiempo dispone numerosos acontecimientos, y establece una multitud de ceremonias y sacrificios que son como otros rasgos dispersos cuya reunión forma el bosquejo de la filiación del Deseado de las naciones. De todas estas figuras las más significativas eran los sacrificios. Cada día la sangre de las víctimas, la perpetua inmolación del cordero en el templo de Jerusalén recordaba al pueblo judío la víctima futura cuyo sacrificio debía reemplazar a todos los demás, a los cuales comunicaba anticipadamente su mérito.

La primera figura es Adán, padre de un mundo nuevo, dando durante su sueño nacimiento a una esposa, como Cristo a su Iglesia; la segunda es Abel inocente, muerto a manos de su propio hermano, como Cristo a manos de sus propios hermanos; la tercera es Noé, salvando al mundo de una ruina universal, y volviendo a poblar la tierra de hijos de Dios; la cuarta es Melquisedech, sin antecesor ni sucesor en el sacerdocio, ofreciendo al altísimo el pan y el vino en sacrificio; la quinta es Isaac, ofreciendo un sacrificio en el monte Calvario, inmolado por la mano de su padre; la sexta es Jacob, trabajando largos años para alcanzar una esposa digna de él; la séptima es José vendido por sus hermanos, entregado a extranjeros, condenado por un crimen de que es inocente, colocado entre dos criminales a uno de los cuales anuncia la vida y al otro la muerte, y finalmente, colmando de bienes a sus despiadados hermanos; la octava es el cordero pascual, ofreciéndose en sacrificio y preservando a su pueblo del Angel exterminador; la novena es el maná, sustentando milagrosamente a la nación viajera con un alimento bajado del cielo; la décima son los sacrificios, expiando, adorando, pidiendo y ofreciendo acciones de gracia al Señor; la undécima es la serpiente de

«Acerca de lo segundo, se ha de notar que ha de comenzarse del medio, que es Cristo. Pues El es *el mediador entre Dios y los hombres*, teniendo como se manifestará el medio de todas las cosas. Por tanto, si alguno quiere venir a la sabiduría cristiana, de El ha de empezar, como se prueba en San Mateo: *porque nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo habrá querido revelarlo*. -También es manifiesto que se ha de comenzar de Aquel de quien comenzaron los dos máximos sabios, a saber, Moisés, el iniciador de la sabiduría de Dios, y Juan, el terminador. El uno dijo: *En el principio creó Dios el cielo y la tierra*, esto es, en el Hijo, según San Agustín; y San Juan: *En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba en el principio en Dios. Por El fueron hechas todas las cosas*. Si, pues, nos es dado llegar al conocimiento de la creatura sino por aquello por lo que ha sido hecha, es necesario, como se dice en el Eclesiástico, que *preceda todas tus obras en el verbo de la verdad*.

«Por consiguiente, nuestro propósito es mostrar que en Cristo *están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios*, y que es el medio de todas las ciencias. Y hay septiforme medio, a saber: de la esencia, de la naturaleza, de la distancia, de la doctrina, de la modestia o virtud moral, de la justicia, de la concordia. El primero es de la consideración del metafísico; el segundo, del físico; el tercero, del matemático; el cuarto, del lógico; el quinto, del ético; el sexto, del político o de los juristas; el séptimo, del teólogo. -El primer medio es por la generación eterna primario; el segundo, por la difusión de la eficacia, poderosísimo; el tercero, por la posición central, profundo; el cuarto, por la manifestación racional, preclaro; el quinto, por la elección moral, precipuo; el sexto, por la compensación judicial, hermosísimo; el séptimo, por la universal conciliación pacífico. - El primer medio fue Cristo en la eterna generación; el segundo, en la encarnación; el tercero, en la pasión; el cuarto, en la resurrección; el quinto, en la ascensión; el sexto, en el juicio futuro; el séptimo, en la sempiterna retribución o beatificación» (SAN BUENAVENTURA, op. cit., págs. 183-185).



Bronce, elevada sobre una cruz, y curando con su presencia la mordedura de las serpientes abrasadoras; la duodécima es Moisés, sacando a su pueblo del cautiverio, dándole una ley que lo convierte en un pueblo querido de Dios; la decimotercera es Josué, introduciendo a su pueblo en una tierra de bendiciones; la decimocuarta es Gedeón, triunfando de los enemigos de su pueblo con un puñado de hombres y los más débiles medios; la decimoquinta es Sansón, tomando una esposa entre los gentiles, y luchando solo contra toda una nación; la decimosexta es David, derrocando a un gigante a pesar de la desigualdad de las fuerzas, maltratado por un príncipe celoso, perseguido por un hijo desnaturalizado, subiendo con los pies descalzos y llorando el monte de los Olivos, e insultado por un hombre a quien prohíbe hagan mal alguno; la decimoséptima es Salomón, sentado sobre un trono magnífico, rodeado de poderío y de gloria, dotado de una sabiduría divina, y edificando a la gloria de Dios un templo maravilloso; la decimoctava y última es Jonás, predicando la penitencia a los judíos que no le escuchaban, permaneciendo tres días y tres noches en el seno de una ballena, saliendo después de allí lleno de vida, y predicando la penitencia a los gentiles que se convierten a su palabra.

Pero el esbozo no es el retrato y Dios suscita los Profetas. Comunicándoles un destello de su inteligencia infinita, les descubre los secretos del porvenir. Pone ante sus ojos al Deseado de las naciones, y les manda pintarle con toda exactitud, que no haya nada más fácil que distinguir entre todos los otros, al hijo de David que ha de salvar el mundo. ¿Qué son, pues, las profecías? La filiación completa del Redentor prometido desde el principio de los tiempos y representado por mil diversas figuras.

El Mesías, nos dicen, unos mil, otros setecientos, otros quinientos, y otros cuatrocientos años antes del acontecimiento, será Dios y hombre a un tiempo, Hijo de Dios, e Hijo de David; nacerá en Belén de Judá, de una madre siempre virgen; su nacimiento tendrá lugar cuando el cetro de David haya pasado a las manos de un extranjero; le adorarán en su cuna reyes que le ofrecerán como presentes oro y perfumes; con motivo de su nacimiento, se dará muerte a todos los niños de Belén y

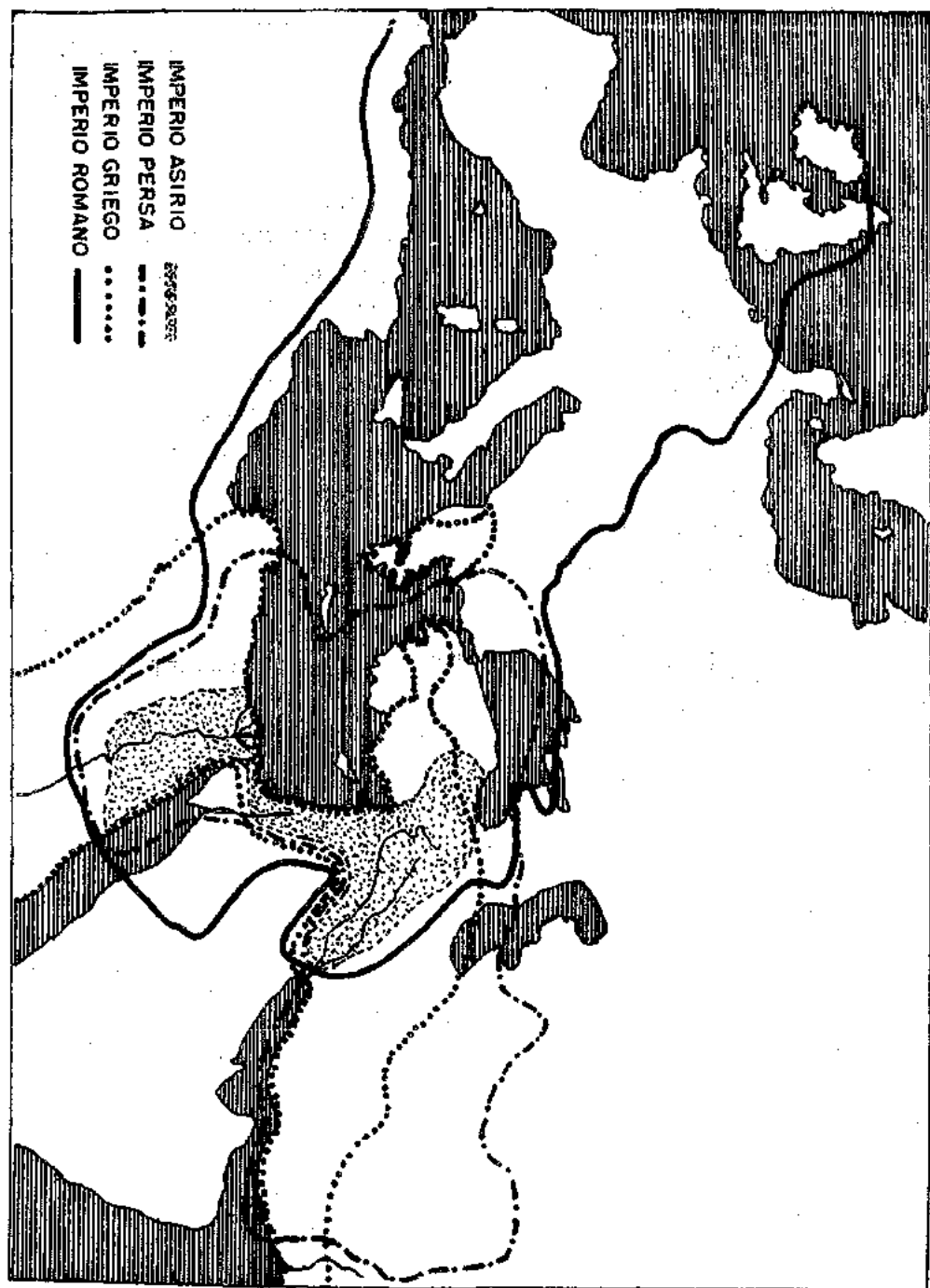
de sus cercanías; sus llorosas madres harán resonar en las alturas gemidos de desconsuelo; El se retirará a Egipto, de donde le hará volver más adelante Dios su padre; será pobre, y formarán su carácter la humildad, la bondad y la justicia; será tan manso que no acabará de despedazar la caña ya rota y no apagará la mecha aún humeante.

Marchará ante El un precursor, que alzando la voz en el desierto tendrá en tal grado el espíritu y la virtud de Elías, que el mismo será otro Elías. El Mesías hará y atraerá numerosos prodigios y será aclamado; visitará en persona al segundo templo; anunciará la reconciliación del cielo con la tierra; uno de sus discípulos lo venderá por treinta monedas; sus enemigos se apoderarán de El; los suyos lo abandonarán; infamado y torturado será crucificado y muerto; permanecerá tres días en el sepulcro, de donde saldrá lleno de vida, subirá al cielo y enviará el Espíritu Santo a sus discípulos. La ciudad y el templo de Jerusalén serán arruinados, los hijos de Israel vivirán en un estado de desolación que durará hasta el fin de los siglos, cuando Elías baje del cielo para convertirlos.

Y todo esto, decía el profeta Daniel, sucederá dentro de 490 años.

En la medida que los profetas van adviniendo perfeccionan las líneas trazadas por sus antecesores. Cuanto más se acercan al gran acontecimiento, mayor viveza dan a los colores, y cuando el cuadro está acabado, desaparecen los artistas, el último de los cuales, al retirarse, designa al personaje que ha de descender el velo que lo cubre. «He aquí yo os enviaré, el profeta Elías antes que venga el día grande y tremendo del Señor» (Malach. IV, 5).

«Pero entró a escondidas la oscuridad, porque los cristianos abandonan este lugar medio, en el que Cristo salvó al hombre. Por donde al no saber medirse, el hombre impugna su salvación. Porque ¿qué aprovecha que sepa medir las otras cosas, como no sepa medirse a sí mismo? Pues si se exalta algún poquito más de lo que debe, peligra; como dice el bienaventurado Bernardo, *si uno, al entrar por la puerta, levanta la cabeza, se hiere; mas quien se inclina, no se hiere*. Por lo cual fuéle respondido al bienaventurado Antonio que sólo el humilde podía evadir los lazos del diablo. -Mas ¿de dónde viene que no se tenga humildad ni luces de sabiduría? De que no es guardado el fuego en medio de las cenizas, sino que es expuesta nuestra lámpara a todo viento, y pronto se apaga. Porque, si en nosotros hay algo de bueno, enseguida lo queremos mostrar. Mas fue admirable la sabiduría divina, la cual ha obrado la salvación por la ceniza de la humildad. Porque cuando en el círculo se ha perdido el medio, no puede ser encontrado sino por dos líneas que se cortan ortogonalmente» (SAN BUENAVENTURA, op. cit., pág. 193).



IMPERIO ASIRIO

IMPERIO PERSA

IMPERIO GRIEGO

IMPERIO ROMANO



El plan divino en los acontecimientos históricos

P

or otra parte los sucesos políticos anteriores al Mesías sobre todo los cuatro grandes reinos, que según el profeta Daniel, debían de preceder a su venida concurren, cada uno a su modo, a preparar el reino de este Deseado de las naciones por y para quien ha sido todo creado.

Ahora, pues, si se considera que estos cuatro grandes reinos necesitaron muchos siglos para su formación y fueron preparados por una multitud de acontecimientos, guerras, victorias y alianzas acaecidas en oriente y occidente desde la mas remota antigüedad; que para extenderse tuvieron que absorber todos los demás reinos, se ve claramente que aquellas cuatro grandes monarquías condujeron el mundo entero a los pies de Jesucristo; como aquellos grandes ríos que llevan al océano, a más de sus propias aguas, las de todos los demás ríos que son tributarios suyos.

De manera que la historia sagrada y la profana se unen para probarnos la verdad de aquellas sublimes palabras: «Jesucristo es heredero de todo; Dios hizo por El los siglos» (Hebr. 1, 2).

Apoyados en la autoridad de los profetas, manifestamos que el primero de los cuatro reinos anunciados por Daniel, el de los Asirios o de Babilonia, tenía el objeto providencial de obligar a los judíos a conservar intacto el sagrado depósito de la promesa del Mesías, su memoria y su perfecto culto. En efecto, Isaías decía que los Asirios son un azote del cual se servía Dios para corregir a su pueblo cuando caía en la idolatría y lo curaron de tal modo de esta inclinación, que desde el cautiverio de Babilonia no volvió a caer en ella.

Que el segundo, o sea el de los persas, tenía por objeto preparar el nacimiento del Mesías en Judea, y realizar el cumplimiento de las profecías, según las cuales de ser conocido por hijo de David y entrar en el segundo templo. Como lo había profetizado Isaías 200 años antes: Ciro y sus sucesores libertaron a los Judíos del cautiverio de Babilonia, les dieron libertad de regresar a Judea, donde los conservaron con la distinción de tribus.

Que el tercero, esto es, el de los Griegos se encaminaba a disponer los ánimos para el reinado del Mesías y facilitar su establecimiento, ora extendiendo desde el Oriente hasta el Occidente la lengua en que debía anunciarse el Evangelio, ora diseminando a los Judíos por todo el mundo, ora dando a conocer universalmente con la traducción de Alejandría los libros santos, y precaviéndolos de toda alteración judaica.

Finalmente, que el cuarto, el de los Romanos, tenía por objeto allanar todos los caminos a la predicación del Evangelio, destruyendo todas las barreras que aún separaban a los pueblos, nivelando el suelo, y abriendo largas y espaciosas sendas en toda la superficie de la tierra; cumplir la célebre profecía que hizo Jacob al tiempo de su muerte; y terminar la preparación evangélica con el nacimiento del Mesías en Belén.

Y nace la Iglesia Católica un estado intermedio entre la Sinagoga y el Cielo, según Santo Tomas, pues el judío no tenía más que sombras sin realidad, el cristiano posee la verdad cubierta con un velo, y el santo la ve cara a cara y sin ninguna especie de interposición.

«El argumento del diablo lleva al infierno y es un paralogismo y un argumento sofístico y destructivo; el argumento de Cristo es constructivo y reparativo. El diablo, en efecto, paralogizó el primer hombre y supuso en el corazón del hombre una proposición como evidente y conocida por sí, la cual es: la creatura racional debe apetecer la semejanza de su Creador, porque ciertamente es imagen -de ahí que en los condenados habrá grandísima pena porque, siendo la imagen esencial al alma, igualmente este apetito será esencial a los condenados-; es así que si comes, te asemejarás; luego es bueno comer de lo prohibido, para que te asemejes. Y todos pecan por este silogismo, porque, como dice Dionisio, *nadie se hace malo mirando el mal, sino que todos intentan el bien y apetecen el bien; pero se engañan, porque toman por bien verdadero la semejanza de bien*. Por este paralogismo llevó el diablo al hombre a la pasibilidad de la naturaleza, a la necesidad de la indigencia, a la mortalidad de la vida.

«Por el contrario, el argumento de Cristo fue salvativo y destructivo del argumento del diablo. Porque una vez que el diablo había hecho al hombre desemejante a Dios, habiéndole, sin embargo, prometido que había de hacerle semejante, fue necesario que Cristo fuese semejante al hombre, para que hiciera al hombre semejante a sí, esto es, a Dios. Cristo, pues, tuvo conformidad de naturaleza, en cuanto Dios, con el Padre, igualdad de poder, inmortalidad de vida. En estas tres cosas se unió al Padre. Fue necesario, por tanto, que en otras tres cosas opuestas a éstas se uniera al hombre. Por eso tomó la pasibilidad de la naturaleza, la necesidad de la indigencia, la mortalidad de la vida. Así, pues, tres cosas tuvo por esencia y otras tres tomó por misericordia. Y, por tanto, fue necesario que las tres fueran vencidas por las otras tres. Ahora bien, la vida por esencia no pudo ser vencida por la muerte, ni la potencia por la penuria, ni la impassibilidad por la pasibilidad. Luego fue necesario que el hombre pasase de la mortalidad a la inmortalidad, de la carencia a la opulencia, de la pasibilidad a la corona» (SAN BUENAVENTURA, op. cit., págs. 195-197).



La Doctrina Cristiana

A

sí pues, el género humano ha sido y permanece rehabilitado en la persona del Hombre-Dios, pero es necesario que cada uno partícipe de esta rehabilitación, es necesario hacerse hijo del nuevo Adán por la comunicación de su espíritu y de su naturaleza Divina (II, Petr. I, 4; Cor. XV; Ephes. IV).

La indispensable unión que se acaba de indicar se realiza en la presente vida por medio de la Fe, de la Esperanza, y de la Caridad. «Estas tres virtudes, dice el doctor angélico, son tres elementos que, sobreañadidos a la naturaleza del hombre por la gracia del Redentor, lo elevan como por tres grados a la unión deífica, haciéndole, según la expresión de San Pedro, participante de la naturaleza divina. La Fe eleva la inteligencia y la enriquece con el conocimiento de ciertas verdades sobrenaturales que la luz divina le revela. La Esperanza eleva la voluntad, dirigiéndola a la posesión del bien sobrenatural que nos está prometido. La Caridad eleva el amor, encaminándolo a la unión con el bien sobrenatural que es su supremo objeto». (p. 2, q. 52, art. 1 et 3).

La Fe empieza nuestra unión con Dios; la Esperanza la continúa, y la Caridad la consuma.

Ellas son los surcos que deben seguirse para el perfecto conocimiento de la doctrina cristiana:

La Fe y su objeto, Dios, la misma verdad, y lo que Dios nos revela: el Credo o Símbolo de los Apóstoles.

La Esperanza y su objeto, Dios, la misma bondad y lo que Dios nos promete: la gracia y la gloria. Luego los medios de obtener la gracia: la oración y los sacramentos.

La Caridad y su objeto, Dios, el sumo bien, y lo que Dios nos ordena, ya

sea por sí mismo o por medio de la Iglesia: el Decálogo y los Mandamientos de la Iglesia.

Inducen también, al conocimiento de las causas que rompen esta unión divina: las pasiones y el pecado; luego los medios preservativos de este mal único; las virtudes contrarias a las inclinaciones viciosas del corazón humano.

Las tres virtudes teologales nos indican el plan perfecto y ordenado para conocer la Religión, son los tres estribos en que se apoya tan magnífico edificio. Son como dice San Roberto Belarmino: «triple condición que nos hace ingresar en la república divina».

«La proposición mayor fue desde la eternidad; mas la menor, en la cruz, y la conclusión, en la resurrección. Los judíos creían haber confundido a Cristo, y le improperaban: *Si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz*. Pues Cristo no decía: dejadme vivir, sino: dejadme tomar la muerte y unirme a la otra extremidad, padecer, morir; y entonces se sigue la conclusión. Por donde el engañó al diablo.

«(...) No sin causa está sellado el libro con siete sellos. *Mira, dice, cómo ya el León de la tribu de Judá, la estirpe de David, ha ganado la victoria para abrir el libro y desatar sus siete sellos*. Estos son los siete medios. En significación de esto, Cristo abrió el sepulcro, lo cual significa la apertura del libro, y removió los lienzos, lo cual significa la manifestación de los misterios. -Esta es nuestra lógica, éste nuestro raciocinio, que hemos de tener contra el diablo, el cual disputa continuamente contra nosotros. Pero en la ascensión de la menor (la cruz) se ha de hacer toda la fuerza; porque no queremos padecer, no queremos ser crucificados. Sin embargo, todo nuestro raciocinio es para que seamos semejantes a Dios. -Y el diablo reputaba en poco el trabajo de Cristo cuando le vio padecer. Pero Cristo le engañó; dice Job: *¿Por ventura jugaré con él como un pajarillo, o le atarás para tus siervas?* Cristo reputó fortísimo el argumento, según aquello de San Juan en el capítulo 12: *Cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré a mí*» (SAN BUENAVENTURA, op. cit., pág. 197).



“Tu es Petrus, et super hanc
petram aedificabo. Ecclesiam
meam. Et tibi dabo claves regni
caelorum” (Mat. 16, 18)

La Iglesia

P

ara la conservación y enseñanza de la Religión está la Iglesia, que existe desde el origen del mundo; bajo los patriarcas está encerrada como la Religión en el interior de la familia; bajo Moisés pasa, como la Religión, al estado nacional; y finalmente, bajo el Evangelio se extiende, como la Religión, a todos los pueblos de los que forma una sola familia.

La misma en su vida, tanto después, como antes de Jesucristo, la Iglesia es siempre combatida, ya por los extraños, ya por sus propios hijos; pero todas las aflicciones concurren a la gloria de la Esposa del Cordero; como todos los acontecimientos y revoluciones de los imperios a consolidarla y extenderla.

El establecimiento del Cristianismo prueba que la Religión es obra de Dios: 1º. por las dificultades de la empresa; 2º. por la debilidad de los medios y 3º. por la grandiosidad del resultado.

Las dificultades fueron las mayores que pueden imaginarse, pues tratábase de destruir al judaísmo y al gentilismo, y de reemplazarlos con el Cristianismo.

Lograrlo en el mundo entero, y en el siglo de Augusto, el más ilustrado y corrompido que se haya visto.

Verificar todo esto a pesar de los filósofos que atacaban todas las verdades del Cristianismo; a pesar de los comediantes que las ridiculizaban en los teatros, y a pesar de los emperadores que hacían morir entre los más crueles tormentos a los que las mismas convertían.

Los medios eran doce pescadores, sin mayor instrucción, sin dinero, sin protección, y lo que es peor, judíos de origen, por consiguiente odiosos y despreciables a los ojos de todo el mundo.

El resultado fue grandioso por lo rápido, positivo, real y duradero.

Rápido porque en pocos años la Religión se propagó por todas las partes del mundo, hasta introducirse en la misma Roma, donde bajo el imperio de Nerón contaba con numerosos discípulos. A tal punto, que debajo de una Roma gentilicia existía otra Roma Cristiana en las Catacumbas que eran de gran extensión, de éstas aún se ven calles, plazas, encrucijadas y un gran número de sepulcros. Fueron lugar de retiro y de sepultura para los primeros cristianos durante las persecuciones; con el fin de inspirarse confianza y valor habían grabado allí los principales pasos de la Escritura análogos a su situación, tales como Daniel en la fosa de los leones, los tres niños en el horno, Nuestro Señor resucitando a Lázaro, y finalmente ciervos, palomas y vides símbolos de esperanza de inocencia y de caridad.

Positivo porque hacerse cristianos era lo mismo que aceptar el odio, la pobreza, el destierro, la prisión y una espantosa muerte; lo que no fue obstáculo para muchos millones de hombres de todas las edades y de todos los países.

Real porque el cristianismo lo modificó todo, almas, ideas, costumbres, leyes, así al hombre como a la sociedad entera. Así de paganos y bárbaros que trataban a las mujeres, los esclavos y los hijos disponiendo libremente hasta de sus propias vidas; y que adoraban infinidad de ídolos valiéndose de cultos y ceremonias colmadas de aberraciones, surgió la Civilización Cristiana que ha sido la única y verdadera civilización que se ha visto a lo largo de la Historia.

Duradero porque nada ha podido destruir al cristianismo, ni los tiranos, ni los impíos, ni los herejes, ni las revoluciones, ni el tiempo destructor de todo lo demás.

Después del establecimiento del Cristianismo queda claro a los ojos de la razón que desde hace 2000 años se adora a Nuestro Señor crucificado, y el mundo así se ha hecho más ilustrado, más libre y más perfecto.

Que es el único camino para que las naciones salgan de la barbarie y la degradación; que cuantos se niegan a adorarle continúan en la barbarie; y que vuelven a ella cuantos cesan en su adoración.

«En el Exodo está dicho: *Habiendo entrado Moisés en medio de aquella niebla, estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches*. Y esto fue Cristo en la ascensión; de donde se dice en los Hechos de los Apóstoles: *Una nube le encubrió a sus ojos*. Así debe ascender el cristiano de virtud en virtud, no poniendo término a la virtud, pues por el mero hecho de ponerlo dejaría de ser virtuoso.

«Mas el fundamento de la virtud es la fe, y nosotros la ponemos como medio. Aquí dice el ético que el medio es *lo que determina la recta razón*. Y esta es la fe; la fe es como el lucero de la mañana entre tinieblas. A ésta asciende el cristiano sacado de las aguas del bautismo y entra en enigmas o imágenes oscuras. Este es el fundamento sobre el que se cimenta Cristo en nosotros; por esta fe progresa el alma ascendiendo a las virtudes políticas, como al pie del monte, donde Moisés hizo doce holocaustos; luego a las virtudes purgativas, como al medio del monte; después, a las virtudes del alma ya purificada, como a la cima del monte, donde hay lugar apto para contemplar las virtudes ejemplares. De éstas se dice en el libro de la Sabiduría: *Stendo como es una exhalación de la virtud de Dios o como una pura emanación de la gloria de Dios omnipotente*; y sigue: *como que es el resplandor de la Luz eterna*, en cuanto a la pureza o templanza; y *un espejo*, en cuanto a la prudencia; *abarca fuertemente de un cabo a otro*, en cuanto a la fortaleza; y *dispone todas las cosas con suavidad*, en cuanto a la justicia» (SAN BUENAVENTURA, op. cit., pág. 199).



Las vocaciones religiosas

La

Religión se ha propagado por medio de los santos, el sacerdocio, las órdenes religiosas y por las misiones. Las órdenes religiosas a su vez se dividen en sabias, contemplativas y enfermeras.

Así como el infierno puede atacar el Cristianismo en el hombre intelectual, el hombre moral y el hombre físico; de este mismo modo existen estos tres géneros de órdenes.

Sabias o apologistas, para conservar, defender y enseñar la verdad, esto es, para impedir que el error arruine la obra de la redención en el hombre intelectual.

Contemplativas, para defender la redención del hombre moral; las cuales, con un noble menosprecio de las cosas sensibles, inclinan el amor humano a los medios sobrenaturales, neutralizan los efectos de escándalo, e impiden que la concupiscencia recobre su imperio. Víctimas puras siempre inmoladas y vivas siempre; contribuyen más al reposo del mundo y a la pureza de las costumbres de los reyes con su policía, los magistrados con sus sentencias y los filósofos con sus máximas.

Enfermeras, consagradas al alivio de todas las miserias humanas; vémoslas velando en la cuna del niño y en la cabecera del anciano moribundo, en la choza del pobre y en el calabozo del encarcelado; esperando al viajero en la cumbre de los Alpes, y siguiendo al minero en los subterráneos del Potosí; en una palabra donde quiera que la obra del infierno quiera atacar la redención del hombre físico.

Existieron además las órdenes religiosas militares para combatir a los infieles. Fueron célebres los caballeros Templarios, los teutónicos, los Sanjuanistas, los de Jerusalén, los de San Lázaro, los de Santiago y los de Catalatrava, los de Alcántara y los de Avis. Estos últimos tenían el voto

de sostener la Inmaculada Concepción de María Santísima; fueron durante muchos siglos el baluarte de la Cristiandad y el terror de los musulmanes.

Así es, pues, que en la Iglesia y por la Iglesia son consagrados los presbíteros, y en ella y por ella se forman los santos y las órdenes religiosas y de caballería.

«En el capítulo 1 de Ezequiel se dice: *Y miré, y he aquí que venía del norte un torbellino de viento, y una gran nube, y un fuego que se revolvía dentro; y un resplandor alrededor de ella; y en su centro, esto es, en medio del fuego, una imagen como de ámbar. Y en medio de aquel fuego se veía una semejanza de cuatro animales.* En estas palabras se describe el juicio, primero, en cuanto a la conmoción de las naturalezas, por el *torbellino de viento* y por la *nube*; segundo, en cuanto a la conflagración del fuego, por el *fuego que se revuelve*; tercero, en cuanto al examen de las almas o de los méritos, por el *resplandor*, porque entonces serán claras y manifiestas las conciencias; cuarto, en cuanto a la asistencia de los que juzgan, por el *rededor*; por el *ámbar* se significa a Cristo en su doble naturaleza; por *los cuatro animales* son significados los cuatro órdenes: de los pontífices, en el *león*; de los mártires, en el *buey*; de los confesores, en el *hombre*; de las vírgenes, en el *águila*, por razón de la contemplación. De donde separará Cristo lo puro de lo impuro, los corderos de los cabritos.

«Traten los juristas en juicios de dineros, tratemos nosotros de nuestro juicio. Por lo cual, *antes del juicio, asegúrate de tu justicia*» (SAN BUENAVENTURA, op. cit., pág. 201).



Venite, exsultemus Domino:
praeoccupemus faciem ejus
in confessione et in psalmis
jubilemus ei. (Ps 94)

El Culto

Y

gracias a la Iglesia, se nos rendirá también hasta el final de los siglos el hermoso espectáculo del culto exterior que es con relación a los dogmas y preceptos del cristianismo, lo que el mundo visible con respecto al invisible. Allí se hacen sensibles las doctrinas de la fe y las reglas de la moral: la caída del hombre, su redención, sus esperanzas inmortales,

sus deberes y dignidad.

No es hora de quedarse en los umbrales de las catedrales, al entrar en el santuario se descubre un pensamiento oculto y poderoso que pasma, y aumentará la admiración, porque entonces se penetra en el espíritu del monumento del cual hasta ahora generalmente conocemos la letra muerta.

Allí se renueva de manera incruenta el Sacrificio del Calvario, como se ha venido haciendo desde los comienzos del cristianismo, dando a la vez fe de su inmóvil perpetuidad. Cuando el sacerdote extiende los brazos para orar, se ve al cristiano de los antiguos tiempos; cuando pone las manos sobre la sagrada ofrenda, se ve a Aarón tomando posesión de la víctima; cuando despliega el lienzo blanco en que descansa la Hostia santa, se ve la sábana blanca del Calvario, con que fue envuelta la gran víctima del género humano. Y se escucha la voz del Hijo del Eterno que dice: «Jamás se quitará un punto, ni una tilde de mi ley» (Math. V, 18).

Desde la caída original, el tiempo no es más que un plazo que la Justicia Divina concede al hombre culpable para rehabilitarse.

La Iglesia sabiamente lo divide conforme con los tres estados de la Religión, esto es antes, durante y después de la predicación de Nuestro Señor Jesucristo.

La primera parte del año comprende desde el Adviento hasta la Natividad del Mesías, que equivalen a los 4000 años de preparaciones, suspiros y esperanzas del mundo antiguo.

La segunda; empieza en Navidad y termina en la Ascensión, para así abrazar toda la vida del Redentor.

La tercera comprende desde pentecostés hasta Todos los Santos recuerda la vida de la Iglesia.

«Porque el teólogo trata de la salvación del alma, esto es, cómo se incoa en la fe, se promueve en las virtudes, se consuma en las dotes. De donde se dice en el Apocalipsis: *Ya no tendrán hambre ni sed, ni descargará sobre ellos el sol; porque el Cordero que está en medio del solio será su pastor, y los llevará a fuentes de aguas vivas.* El Cordero que está en medio de las aguas es el Hijo de Dios, Hijo, digo, que es la persona media, de la cual es toda bienaventuranza. Porque vio San Juan *un río en medio de la plaza, que manaba del solio de Dios y del Cordero.* El Cordero de Dios, en efecto, nos conducirá, a fin de que, viendo el cuerpo y el alma y la Divinidad, encontremos pastos ya entrando, ya saliendo. Aquí luce sobre el cuerpo y sobre el alma medio beatificante. En el Salmo: *Un río caudaloso alegra la ciudad de Dios,* esto es, el que mana del solio de Dios y del Cordero, el Espíritu Santo. Y no habrá ningún defecto interior, porque no tendrán hambre ni sed por carencia de pasto, que es por lo que desfallece la vida; *ni descargará sobre ellos el sol,* por perturbación extrínseca.

«Estos medios son *los siete candeleros de oro*, o Cristo *en medio de los candeleros*, que son las siete iluminaciones sapienciales predichas, a saber, metafísica, física, etc. Estos son *los siete ojos del Cordero y los siete ojos sobre una piedra*, como dice Zacarías, y *los siete días*, que hizo la primera luz (SAN BUENAVENTURA, op. cit., págs. 201-203).



El Cielo

De esta manera la vida de la Iglesia, la serie de sus fiestas y las varias divisiones del año, que nos representan toda la historia del género humano y toda la historia del Cristianismo, terminan con la fiesta del cielo: todo en efecto conduce allí, el cielo es el fin de todas las cosas.

«No son, no, de comparar todos los trabajos y sacrificios que la Religión impone en la tierra, con la gloria y la felicidad que nos esperan en los cielos» (Rom, VIII, 18).

Y queda claro como Dios es un padre que creó al hombre pontífice y rey del universo, le colmó de gloria y felicidad, y después de haber sido indignamente ultrajado por esa creatura predilecta, a pesar de tal ingratitud, desde el principio del mundo no cesa un solo instante de trabajar para reparar el mal que ese hijo culpable se hizo a sí mismo separándose de su padre, de consolarle y alentarle, de revolver el cielo y la tierra para suministrarle los medios de recobrar con creces la felicidad perdida.

Dándonos inclusive a la Virgen María como la misericordiosa medianera de la súplica omnipotente, Reina del Universo y Reina de la Historia.

Nota: Esta obra se ajusta al plan del monumental trabajo realizado por Monseñor J. Gaume en 1859, con el título: El Catecismo de la Perseverancia.

«En los últimos días, el monte en que se erigirá la casa del Señor tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes, y se elevará sobre los collados, y todas las naciones acudirán a él.

«El Espíritu Santo ha expresado de muchas maneras las alabanzas de la bienaventurada Virgen, valiéndose de diversas metáforas, tomadas unas de las cosas celestiales, otras de las terrenas y algunas, finalmente, de las que existen entre ambas. En las palabras citadas, el profeta Isaías usa para tal objeto la metáfora del monte, y con relación a tres cosas: ante todo, en cuanto a la excelsitud de sublimes virtudes: *En los últimos días el monte en que se erigirá*, etc.; después, en cuanto a la sublimidad de los premios eternos: *y se elevará*, etc., y, por último, en cuanto a refugio de copiosas misericordias: *y todas las naciones acudirán a él...*

«(...) la Iglesia tiene su origen de la Virgen, por la fe; su altura, por la esperanza; su estabilidad, por la caridad. Por donde la Virgen es el monte de la casa del Señor que debe edificarse sobre estas tres virtudes, las cuales tenían también grande arraigo en los Santos: en los Patriarcas la fe, en los Profetas la esperanza, en los Apóstoles la caridad, si bien todos ellos poseían todas estas virtudes. Por cuya razón ellos son llamados montes y fundamentos de la casa de la Iglesia. El Salmista dice: *Sobre los montes santos está fundada*. Y lo mismo el Apóstol: *Estáis edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas*, etc. Los Patriarcas son llamados montes aromáticos, por la esperanza cierta que tenían de las promesas divinas; los Profetas, montes resplandecientes, por la clara revelación de los secretos divinos; los Apóstoles, montes regados, a causa de la efusión copiosa de carismas divinos. Se dice que la bienaventurada Virgen tiene sus cimientos sobre la cumbre de todos éstos, porque en Ella tuvieron cumplimiento cuantas promesas o revelaciones se les hicieron a ellos, y toda la gracia que se derramó en los mismos, de ella y por ella tuvo principio» (SAN BUENAVENTURA, *Discursos Mariológicos-Asunción de la Bienaventurada Virgen María*, in *Obras de San Buenaventura*, T.IV, págs. 843-847-849, BAC, Madrid, 1947).



“y una espada atravesará tú propia alma.
para que se descubran los pensamientos
de muchos corazones.” (Lucas 2,35).